

EL CUENTO
SEMANAL



EL PADRE Y EL HIJO
POR ALBERTO INSUA

30. Cén.

Ilustraciones de Agustín

Ayuntamiento de Madrid

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-20 de Octubre de 1911.-NÚM. 251

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

LUZ NUEVA

Sin instalación de cañerías ni gasómetros se puede tener una luz de incandescencia superior á la de gas de hulla.—Es inexplorativa, no produce humo ni olor.

UNICO CONCESIONARIO EN ESPAÑA

LAORDEN Y C.^A

Calle de Atocha, 43, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martin Velasco y Comp.^a

LEASE BIEN EL PROSPECTO

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-

:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo



García Guerra, Hijo

JOYERIA MODELO

Pulseras de pedida desde 40 pesetas.—Objetos de plata para bodas y regalos

3, LUNA, 3

LA COIFFURE DE PARIS

(PELUQUERIA DE SEÑORAS)

Postizos París invisibles.—Ondulación natural. Peinados alta fantasía.—Bisóné París, creación de la casa.

CORREDERA BAJA, 19

(JUNTO Á LARA)

NUESTRO NÚMERO PROXIMO PUBLICARA

EL MISTERIO DEL KURSAAL

FOR JOSÉ FRANCÉS

Ayuntamiento de Madrid

EL PADRE Y EL HIJO

I

Quinto Fuentes leyó en los periódicos de la mañana que el ilustre Don Joaquín Fuentes y Fernández estaba muy enfermo. Este Don Joaquín—senador vitalicio, gran cruz de Isabel la Católica y consejero de numerosas Sociedades industriales y de crédito—era su padre. El padre y el hijo vivían en Madrid; el primero en casa propia, calle de Serrano, con criados de librea y calefacción de vapor de agua, y el segundo, en un tercer piso de la calle de la Puebla, con muebles limpios y baratos, algunos libros, algunos cuadros y la portera como toda servidumbre.

El padre era lo que en España llamamos «un hombre inmensamente rico». Se puede ser «inmensamente rico» lo mismo con cinco duros diarios que con cinco mil. Depende de los que aprecien la fortuna. Además, entre nosotros, en cuanto se llevan las uñas limpias y no se dan sablazos, ya se es rico. La pulcritud y la dignidad son riqueza. Después de todo, es verdad. Pero, sin digresiones, Don Joaquín Fuentes y Fernández era rico. Se le calculaban diez millones de pesetas. Pongamos cuatro, y puede que pongamos de más. Hay que recordar á Don Joaquín, al hombre que compraba un cachivache en las Américas del Rastro y decía que era de Londres.

Un tipo con la mayor cara dura para estas cosas: las fuentes vaciadas en metal blanco, se convertían, no bien las compraba Don Joaquín, en bandejas de plata repujada; los Lucas se trocaban en Goyas; las perlas americanas en

perlas del oriente más fino y la redondez más perfecta, y la merluza, con cierto preparado especial, en salmón. Con estas farsas inocentes y con el automóvil y el turno segundo del Real, bastaba para deslumbrar á la gente, y como es más fácil decir seis ú ocho millones que seis ú ocho pesetas, la gente decía: «¡Don Joaquín Fuentes... ni sabe lo que tiene... está podrido de dinero, podridito!...» Y así los sombreros de Lolita, de Toña y de la Nena—las tres hijas—eran «modelos de París»; las pieles de Doña Antonia—la mujer—valían «muchos miles», y él, Don Joaquín, un verdadero *gentleman*—con unas manos y unos pies que Dios nos libre—, encargaba la ropa blanca á París, los trajes á Londres, el calzado á Nueva York y los sombreros á Italia. ¿Por qué no? Malas lenguas aseguraban que los sombreros femeninos se hacían en casa—pues Doña Antonia no olvidaba sus años de modista—, que las pieles se compraban en *El Polo Norte*... una tienda de la calle Mayor, y que los trajes de Don Joaquín eran confecciones de *El Águila*. Ni tanto ni tan calvo... Lo prueba que las niñas se fueron casando—verdad que con las grandes fatigas y bastante después de los veinticinco años—, que hubo buenos regalos en las bodas y mesadas—Don Joaquín «no dotaba»—de setecientas cincuenta pesetas—mil quinientas para el público—. Don Joaquín «movía su dinero en Bolsa», compraba casas y solares y representaba cinco mil acciones en este Banco y otras tantas en el de más allá. Doña Antonia frecuentaba la alta sociedad, y no deja de ser cierto que á su salón Luis XVI iba alguna que otra marquesa arruinada, con

grandeza, y hasta media docena de condesitas y baronesas, hijas de aquellos condes y de aquellos barones que negociaron con el negro, el tabaco y el azúcar... esos productos de la colonia. Hasta algún marqués libertino, «de la más antigua y rancia nobleza», holló las alfombras, admiró los bronce y los lienzos y gustó la sazón de la casa de Don Joaquín; pero... como Don Joaquín no dotaba, el marqués hizo mutis muy delicadamente cuando Doña Antonia comenzaba á llamar á Lolita «la marquesa, la futura marquesa». Y Lolita se casó con un capitán de húsares, buen tipo, socio de La Peña—¿para qué más?—; Toña con un abogado, pasante de Silvela y auxiliar en la Universidad, y Magdalena, la Nena, con el segundón de una casa tan noble como depauperada. Todo esto al través de mil escenas lamentables y grotescas, con los novios, por turno, en el automóvil y en el palco, y con los ataques de Doña Antonia cada vez que un pretendiente se retiraba por el foro, cada vez que la hija casada venía á contar «una infamia de ese hombre» ó que uno de los yernos necesitaba dinero, cosa que originaba á Don Joaquín un accidente: se ponía violeta, se le inyectaban los ojos, le temblaba el bigote color ceniza... ¡Era horrible «tener que dar dinero!» A él le había costado mucho el ganarlo... con el sudor de su frente. Había sido vista de Aduanas en la capital de Cuba, y ya se sabe que vistas de Aduanas, recaudadores, contratistas, habilitados, etc., etc., eran en Cuba y Filipinas hombres de estrechísima conciencia, ejemplos de probidad, espejos de honradez. Nada de enjuagues, de chanchullos, de manos puercas. Ni juez que prevaricase, ni escribano concusionario, ni notario tortuoso, ni abogado sin entrañas. Era gente integérrima, inflexible. Los contratistas del ejército no se ponían de acuerdo con determinado elemento militar sino para vestir bien al soldado, para darle suela en vez de cartón. Todo lo demás es calumnia. Como que no se explica que Rizal en Filipinas y Martí en la isla de Cuba, hablasen como poseídos contra la administración española. ¡Si era transparente, limpia, una administración espartana! Los cubanos y los filipinos eran tontos, que no veían la bondad y el desprendimiento de sus regidores. ¿Qué tiene que ver, por ejemplo, que los sastres de nuestros soldaditos volviesen á España convertidos en millonarios? ¿Y que algún que otro habilitado comprase casas y se

pusiese coche al establecerse en Madrid, de vuelta de la campaña? Nada; como tampoco debe asombrar que D. Joaquín Fuentes y Fernández ganase en la Aduana de la Habana sus millones. Con el sudor de su frente—decía muy bien él—los había ganado. Con el sudor de su frente y de todo su cuerpo, porque en Cuba se suda que es una bendición de Dios sólo con levantar el brazo para coger el abanico ó para llevarse á la boca una tajada de mamey.

Luego, de 1898 para acá, Don Joaquín no perdió su tiempo. Compró Interior cuando el desastre, prestó con hipoteca y donde hubo garantías, y el ocho por lo menos, allí estuvo su dinero. «Se afilió» al partido conservador, se hizo católico y fué diputado por Madrid—á cuarenta mil pesetas acta—. Maura lo hizo senador vitalicio.

II

Quinito Fuentes pensó en ir corriendo á casa de su padre. «Aquí estoy—diría—á ver á papá, á cuidarlo... Soy su hijo.» Pero, ¡habían pasado tantas cosas! Y era muy posible que Doña Antonia le cerrara el paso: «No, señor; en mi casa no entra usted.» Doña Antonia era su madrastra. Del primer matrimonio de Don Joaquín, boda romántica de la juventud, procedía él. Doña Antonia lo odiaba francamente: cumplía á la perfección su cometido de madrastra. El se conformaba con despreciarla, riéndose de sus vanidades, de su delirio de grandezas, de sus mixtificaciones para sostener la apariencia de multimillonaria. Y como, además, era levantisco y orgulloso, no lograba contenerse al comprobar, día tras día, que la preponderancia de la segunda mujer de su padre iba haciéndose absoluta.

Don Joaquín, al parecer, se había casado enamorado con la Doña Antonia, que allá por el año ochenta se llamaba Antoñita y manejaba la aguja y la tijera en un taller sombrío de la calle Mayor, de Nautilia. Cuando la mujer comenzó á bordear el camino de los cincuenta, Don Joaquín, que, por lo visto, buscaba fragancia y juventud, «se enfrió». Pero allí estaban las hijas para sostener el reinado de la antigua modista provinciana, y Don Joaquín, que adoraba en Lolita, en Toña y en la Nena, la respetaba. La mujer, poco sentimental, admitía aquel reflejo de cariño, sin entrar en explicaciones. Era el ama, la que mandaba, y todo iba bien. «Aquí—decía olvidándose de su pre-

tendido buen tono—la que lleva los pantalones soy yo.» Tan los llevaba, que consiguió una cosa: que Don Joaquín consintiese en la separación violenta de Quinito. Una noche, á la vuelta del teatro, ella y Quinito tuvieron unas palabras. El estuvo zumbón al principio y después exaltado. Ella, friamente, hizo del asunto cuestión de gabinete: «Joaquín, tu hijo, ó yo... Elige.» Don Joaquín, afectadísimo, desgarrando entre los dedos los guantes blancos, no supo qué decir. Quinito cogió la chistera y se fué sin hablar una palabra.

III

Hacia de esto diez años. Quinito recordaba su vida de hijo de familia, no precisamente ejemplar, y recordaba también que nunca, por aquellos tiempos, se le había ocurrido que su padre, de quien heredaba la sensualidad, la vehemencia y cierta despreocupación en cuestiones de moral, llegase á considerarle «un perdido». Un perdido porque iba aprobando á salto de mata, á salto de Universidades mejor dicho, la carrera de medicina porque trasnochaba; porque debía dinero al sastre y en el picadero y en la sala de armas; porque se batía de tarde en tarde; porque jugaba y perdía, como es natural; porque era el amigo hoy de la Cordobesita y al día siguiente de la Bella Mimí. Un perdido, en fin, por cumplir dignamente su papel de hijo de hombre rico. Sólo bajo la influencia nefasta de Doña Antonia ¡aquella arpía!, estos graciosos desequilibrios y expansiones de la juventud tomaban el aspecto de crímenes. ¿Tenía su padre más que hacer frente á las facturas y letras del hijo? No iba á andar desnudo ni á ofender el prestigio de Don Joaquín Fuentes y Fernández vistiendo con un sastre barato y careciendo de un potro inglés y de una amiguita «bien». Ya pasaría la primera juventud, esa explosión, ese vendaval; ya sería médico cuando en las sienes comenzasen á platear las canas... y entonces, ¿qué?, sería un



hombre serio, como todo el mundo y apenas le costaría trabajo ser hipócrita y circunspecto. Don Joaquín tal vez hubiese comprendido todo esto. El, Quinito, era su hijo, el hijo de su primer amor y había mil razones de sangre y de alma para que el padre y el hijo se entendiesen. Pero, ¿y la gota de agua incansable de Doña Antonia? «Mira, Joaquín, que ese muchacho es un tronera, un pillo... que arruinará la casa, que dejará á tus hijas en la calle.» Y Don Joaquín, que sólo con lápiz y papel habría podido convenirse de que las calaveradas del hijo no le obligaban á vender ni el más pequeño título, daba oídos á la consejera interesada. Sí, señor; decididamente, Quinito era un malvado. ¡Pagar los trajes á cincuenta duros cuando él, Don Joaquín, el padre, el amo, no pasaba de las cien pesetas! Pues, ¿y las queridas? ¿Qué era eso de tener queridas á los veinticinco años? Y un amigo de la casa, viejo como Don Joaquín, Don Teodosio Gil, aprobaba. ¡Queridas á los veinticinco años! ¡Qué avilantez la de estos muchachos, qué inmoralidad!

Don Joaquín y Don Teodosio, allá en el fondo de sus almas seniles, parecían estar de acuerdo: las muchachas bonitas y jugosas, entre los catorce y los veinte años, cuanto más niñas mejor, no eran para los pollos casi imberbes y carilindos como Quinito, sino para ellos, para las manos temblonas, para los ojos mortecinos y lacrimosos y las bocas amargas y desdentadas. Privilegios de la vejez. Don Teodosio lamentaba que Joaquinito hubiese salido tan discolo. Un muchacho que podía aspirar á todo: á un buen matrimonio, á un puesto en la juventud conservadora, á un «brillante porvenir». Y, vea usted, señor; ni era de los Luises, ni le ponía los puntos á una muchacha acomodada; pero tenía, en cambio, ciertas ideas disolventes, muy peligrosas y unas amiguitas—comentaba Don Teodosio—«que ya... ya...» Que ya las quisiera para sí, Don Teodosio.

Don Joaquín, naturalmente, haciendo honor á su pasado, á sus ideas de probidad, de corrección, de verdadera moral, en fin, reprobó rotundamente la conducta de Quinito. El diablo femenino de Doña Antonia le zumbaba al oído: ¡échalo, échalo!

Todas las amistades de la casa aprobaron la energía de Don Joaquín, aquella energía de no tener alma para decirle á la madrastra: «es mi hijo, y no se va». Los que conozcan el corazón humano comprenderán la fuerza que tuvo el hecho consumado: Doña Antonia agotó con avidez los efectos de su victoria y puso, durante unos meses, á Quinito, en sus reuniones y en sus visitas, de oro y azul: era un golfo desastrado, un canalla... había amenazado de muerte al padre antes de irse. Las hermanas de aquella especie de bandolero no se atrevían á defenderlo. Hablaban mamá y á mamá no se la desmentía. Lolita, la mayor, estaba la pobrecita muy histérica y sólo se ocupaba de sí misma, de sus jaquecas, de sus píldoras y sus potingues... y de ver si se casaba. Toña, muy fría, el mismo temperamento de la madre, era la mejor aliada de ésta. ¿Quinito? Sí, señor; un golfo, lo que se dice un golfo. La Nena, no. La Nena—con ese respeto de las hermanas pequeñas por el hermano mayor—se arriesgaba un poco: «¿Quinito? No, no es tan malo. No ha robado, ni matado... Yo lo quiero, vaya, es mi hermano.» Y fué la Nena quien, poco á poco y á escondidas, fué enviando al rebelde, al pródigo, las camisas, los trajes, los libros. Este género de despedida retardada, de adiós balbuciente al hogar, duró tres ó cuatro meses.

Cada paquete de ropa que la Nena hacía llegar á sus manos le alejaba más de la casa paterna. Cuando el criado, cómplice de Magdalena, le dijo: «Señorito, esto es lo último, ya no quedan allá más cosas del señorito», se sintió morir de emoción. Ni una corbata, ni un pañuelo, ni un recuerdo del hijo y del hermano, «allá», en la casa, en su casa. El criado no lo vió llorar porque Quinito no le daba confianza á los criados. Pero llorar, lloró. Tenía entonces veinticuatro años.

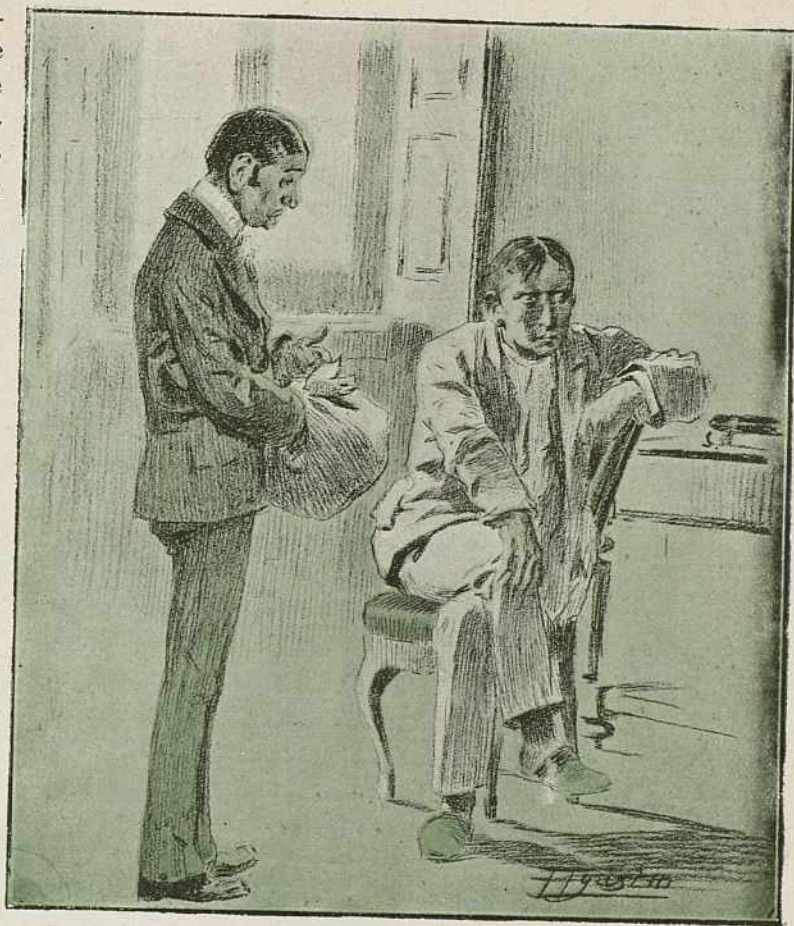
IV

¡Y desde entonces á ahora, desde la noche de la ruptura hasta la mañana en que sabía, como un extraño, por los periódicos, que su padre estaba muriéndose! Diez años que parecían treinta por lo abundantes en aventuras de todas clases. ¿Cómo enumerar los sucesos de su bohemia forzada, sus combates cotidianos, sus épocas de bonanza y las temporadas en que todo le salía... de cabeza? Su padre le había negado auxilio en los primeros tiempos, y cuando un día se le ablandó el corazón, le dijo: «Vaya, para que veas, cuenta con treinta duros mensuales.» Quinito era hombre y se sintió vejado; le hubiese escupido un «¡Métase usted sus treinta duros!...» de lo más rotundo, pero era también hijo—las había pasado muy negras—y murmuró: «Está bien.» Muy de tarde en tarde veía á su padre en un café ó en la calle. Hablaban muy poco, y como el padre no tenía ni una sonrisa, el hijo no esbozaba ni una queja ni un reproche. Lolita, Toña y la Nena iban casándose. A veces en los paseos ó en los teatros veía á las hermanas y á los cuñados. Lolita se limitaba á sonreír; Toña se hacía la distraída, y Magdalena hasta llamaba la atención del marido para que se quitase el sombrero. La hermanilla parecía buena persona.

Entretanto, Quinito, dejando hacia la mitad la carrera, tuvo... que buscarse la vida y fué uno de esos tipos tan corrientes en las poblaciones grandes, parecidos á los perros de caza, que van oliendo el rastro de los negocios. Advertencia: Quinito no depuso nunca su actitud respecto á su madrastra; en lugar de hacer méritos para una inteligencia, para una especie de perdón recíproco, siguió burlándose «de aquella cursi». Era una delicia oírle contar cosas de la Doña Antonia, de la señora de las Fuentes, como se hacía llamar ella en los periódicos, aristocratizando el apellido conyugal. Madre política é

hijastro se odiaban cordialmente. Descartada la hipótesis de una reconciliación, Quinito, de cara á la vida, se dijo: «¡ea, vamos á luchar!» Y lo hizo como no se imaginan ustedes. A un lado escrúpulos, el hijo del funcionario de las Antillas, fué un hombre de negocios de una pieza; no, de varias piezas, mejor dicho, y con más resortes que una máquina de escribir. Quinito fué, pues, un hombre flexible y recio como hoja de espada. Más de una vez se tiró á fondo contra los artículos del Código penal. No diremos que falsificase moneda, pero en sus épocas de corredor de cuadros, vendió cada tabla primitiva y cada Greco, que ya iban bien servidos los compradores.

«Fué empresa» con la Bella Mimí en el «Coliseo Internacional» y en el «Salón Canela». Dirigió dos ó tres semanarios festivos; se fué una vez, con ingeniero y todo, á explotar unas minas á la provincia de Cuenca; vendió automóviles y caballos; puso, con un amigo abogado, un centro de «informaciones especiales», y como era generoso, afable y de palabra elocuente, un grupo de obreros soñaba con hacerlo concejal. Quinito Fuentes, siempre bien vestido—pues antes dejaba de comer que de andar limpio—, iba y venía por Madrid á ganarse el duro. Cuando éste se presentaba muy difícil, tan difícil que comenzaban á extrañarlo en la casa de huéspedes ó en el restaurant, Quinito, viendo que el duro no venía á él, se iba al duro... Luchar, bueno; pero morir de hambre mientras la señora de las Fuentes iba al Retiro, entre pieles, en un 40 Renault, eso... ¡piscis! No había que olvidarse, señores: Quinito se llamaba Quinito Fuentes, y el hijo de Don Joaquín «era firma». Firmó letras, compromisos, pagarés, el demonio... para—él buscaba un eufemismo—, para cuando cambiase la suerte. «Cuando su padre se muera—le decían brutalmente los prestamistas—, usted podrá pagar.» Ya. Pero él, que estaba fuera de su casa y que vivía de un modo dudoso, casi indigno, por exceso de dignidad, sentía una gran vergüenza.



un dolor muy íntimo con aquellas cosas. Quería al padre, al viejo. Lo quería sin discutirlo, sin juzgarlo, ó juzgándole con infinita indulgencia allá en las honduras del alma. Y culpaba á la suerte de su orfandad. Recordaba á su madre, muy vagamente. Recordaba, de igual modo, en una gran lejanía, un pueblo del Norte, donde había muerto su madre y de donde habían salido Don Joaquín y él con rumbo á América. Luego, toda la historia era la madrastra, la guerra civil en la familia, y, para concluir, la derrota de él. Perdonaba, de corazón, al viudo joven que volvía á casarse, y al padre que, con cierta filosofía matemática, daba más mérito é influencia á tres hijas que á un primogénito. Don Joaquín desconocía cuanto hubiese de histórico y de poético en la idea del mayorazgo, y no consideraba al hijo único á manera de vástago llamado á sustituir al tronco viejo, á modo de continuación y nuevo punto de partida del espíritu y el ímpetu de su raza. Don Joaquín no se reía de estas cosas, porque ni siquiera las sospechaba. En cuanto á Quinito, sabía algo de ellas, más por intuición que por cultura. Quinito era un soñador. Todos sus planes y negocios te-

nían algo de sueños. Planes y negocios fantásticos, con más ilusiones y audacia que dinero. Dinero, lo que se dice dinero, sólo lo tenía á cuenta de un mañana en que podría encontrarse rico. Ciertó que sus acreedores corrían bastante riesgo, pues Don Joaquín «podía volverse loco y gastárselo todo»; pero donde se pierda un usurero, ya quisiéramos nosotros encontrarnos. A mayor riesgo, interés mayor, y santas pascuas. Quinito firmaba sin rebozo. Debía de tenerle mucho asco al dinero; de tal modo lo tiraba cuando le iba al bolsillo. Verdad que era hombre caritativo y que, en su bohemia romántica, protegió á una gran cantidad de tipos míserimos. Poetas simbolistas, escritorzuolos socráticos, novilleros sin suerte, vagos ilustres, puntos de toda laya; con tal que perteneciesen á la cofradía del Hambre, encontraban auxilio y amistad en Quinito. Este amor á los humildes, esta manera cristiana de entender la vida, ponía fuera de sí al padre, que le había preguntado: «¿Qué gente es esa con quien te reúnes? Me deshonras, Joaquín.» Quinito, cuando no iba á ser comprendido, se callaba la boca. Y su padre no le comprendía nunca.

En asuntos de amor, Quinito era hombre sensato. Una niebla de escepticismo ocultaba su interior romántico. Y por romántico, por no haber encontrado á lo largo de su vida, sin compás y sin brújula, una mujer capaz de amor heroico, de amor fiel, á la antigua, iba de un lado á otro por la selva, ni espesa ni temible para los que van alerta, de los amores momentáneos. Quinito, mujeriego hasta donde ordena la dignidad viril, no era de esos que se enamoran de golpe de la primer muchacha complaciente ó de la primer lagarta bien vestida. Así se encontraba á los treinta y cuatro años un poco gastado, un poco viejo, sin un amor. Más libre, más ligero, más amo de sí mismo, pero con un vacío inexplicable, con una ansia indefinida «de vivir de otro modo», con un preguntarse á cada rato: «Pero, señor, ¿la vida es... esto?»

V

Unas líneas de Magdalena:—«Ven, papá se muere»—le obligaron á decidirse. Ya en la alcoba del enfermo no dudó. Tenía que cuidar á su padre, hiciera lo que hiciese Doña Antonia por impedirlo. Pero Doña Antonia estuvo muy cor-

tés: «era muy justo, en aquellas circunstancias...» Y se hacía toda reverencias, porque la casa estaba llena de gente, y la compostura y el buen tono sobre todas las cosas. Don Joaquín se moría en público, igual que Antonio Vico. Porque ya era público el que entraba y salía por la puerta de su alcoba y el que se desparramaba por las demás habitaciones de la casa. En el recibimiento, recargado de panoplias, trofeos de caza y tapices, se encontraban ustedes con media docena de criados, á saber: el ayuda de cámara de Don Joaquín, el mazo de comedor, el mecánico del automóvil, el lacayo, un ordenanza del Senado y otro de alguna de las sociedades de crédito de las que era consejero Don Joaquín. Todos estos tipos aparecían muy majestuosos y compungidos: le quitaban á usted el gabán y le desprendían de bastón y sombrero. La sala, digamos el gran salón, y ambos gabinetes laterales ofrecían sus butacas y sofás á parientes y amigos. Toña, Lolita y la Nena, en bata ó peinador y muy desencajadas, se movían nerviosamente, se dejaban caer en una silla, se llevaban el pañuelo á los ojos, los dedos á la nariz, la tila ó el agua de azahar á las bocas, pálidas de pronto. ¡Quién pensaba en pintarse! Ya los yernos del gran hombre aparecían más sosegados. Luis Pereda, el húsar, casado con Lolita, daba órdenes, aconsejaba calma y decía de vez en cuando: «¡esta tropa!» Gervasio Ansorena, el abogado, marido de Toña, tomaba el aire siniestro de director de la testamentaria. Y adulaba indecorosamente á la presunta viuda, que estaba insolentísima con los hijos políticos, diciéndoles «qué iban á vero» y babeaba lisonjas y cariños á los pies del moribundo, de suerte que Don Teodosio Gil se enterase. Don Teodosio iba á ser el albacea. Por su parte Alfonso del Duero y Rampamilán, el de la Nena, procuraba enterarse con discreción de lo que dejaría á ciencia cierta papá Joaquín. Luego, una caterva de amigos que entraban y salían: compañeros de Don Joaquín en consejos de administración, diputados, senadores, coroneles y generales, que fueron grandes amigos de Fuentes y Fernández, allá en Cuba; algún que otro periodista á quien Gervasio Ansorena entregaba sueltos hechos por él mismo, y toda esa turba de señoras gruesas como ballenas ó flacas como lanzas, que constituyen la parte respetable en lo femenino, de nuestra alta sociedad. Alguna de estas señoras se llegaban hasta el



comedor. Viaje inútil. Doña Antonia era un Harpagón con faldas. Ni una taza de te.

Don Joaquín se veía unas veces sofocado de atenciones y mimos de propios y de extraños, y

y el mecánico, porque Don Joaquín pesaba... que había que ver, señores. Pereda, el de caballería, belicoso, naturalmente, le declaraba la guerra á los médicos. Allí nadie sabía nada. El



otras veces, con la hermana de la Caridad por todo acompañamiento. Gervasio Ansorena parecía el más consecuente entre los yernos. Verdad que cada uno de estos hacía lo suyo. Alfonsito del Duero, deportista, entraba allí para mover al enfermo de la cama á un sillón. Alfonsito

de la casa, Irazaguirre, «do estaba matando» porque trataba como debilidad general ó pasión de ánimo una pulmonía doble. ¡Qué empeño el de Irazaguirre en que Don Joaquín muriese de disgustos! Si que se había tomado alguno el pobre señor, porque era de lo más difícil del mun-

do para aflojar la bolsa... pero de eso á morirse de amor como Doña Elvira. ¡Al diablo Irazaguirre! Y como en esto se encontraba Pereda con la adhesión de Doña Antonia, se echó á buscar médicos por Madrid, y pueden ustedes sonreírse del coro de *El rey que rabió*.

VI

Esto vió y oyó Quinito á las pocas horas de estar en su casa, al mismo tiempo que adquiría, mirando á su padre, la certidumbre de que era un caso perdido. Por mucho que discrepasen los médicos en la clase de enfermedad y en la elección de plan curativo, allí había una verdad desgarradora: la muerte. Don Joaquín no veía, no hablaba: era un decaimiento total, una derrota de todos los miembros, de todas las facultades. Sólo porque movía de tiempo en tiempo la pierna derecha, podía decirse que no era un paralítico. Como un niño dejaba las heces ventrales en el lecho, y—apuntemos este rasgo de misericordia—Gervasio Ansorena retiraba muy solícito las sábanas inservibles.

Quinito espiaba con ansia los momentos en que el padre parecía revivir, y, en su deseo de verse reconocido y de obtener una prueba del amor paternal, veía sonrisas en algunas muecas del enfermo. El doctor Cardona, inteligente y franco, llamado para substituir á Irazaguirre, le decía:

—Vea usted; no puede haber esperanzas. Es una agonía lenta, un período comatoso que se prolonga de manera increíble. Tenga usted fuerzas, valor, amigo mío.

¡Fuerzas!, ¡valor!... Todo lo que hiciera falta. ¡Para ver morir al padre y para despreciar á la comparsa que profanaba aquellas largas horas, anunciadoras de la muerte! Sufría en silencio. Lloraba á veces, á escondidas. Sus hermanas le buscaban y le decían: «¿Tú crees que se morirá papá?», como si el antiguo afecto fraternal resucitase á causa de tan honda tristeza. ¡Si que se moría papá, papaito!... ¡Tan bueno, tan santo! Lola, impulsada por el histerismo, se abrazaba al hermano, lo besaba: «¡Ay, Quinito, si papá se muere!» La misma Toña estaba cariñosa, y la Nena, siempre tan dulce, era la que lo atendía: «Quinito, ven á cenar... Toma algo, ¡por Dios!... Si necesitas cualquier cosa, llámame.» Además del dolor que recogía en la alcoba del agonizante, toda la casa le brindaba recuerdos melancólicos, sombras del pasado. Los muebles suntuosos

y el decorado elegante le enviaban miradas de hostilidad y de sarcasmo... La mirada insolente de los vasos de plata, la mirada maligna de bronces y de oros, y la grande y turbadora mirada de los espejos... Todo parecía mirarle como á un extraño en aquella casa que había sido la suya y que era todavía la de su padre. Y como los muebles, antiguos conocidos al fin y al cabo, las personas... Las personas llegadas allí durante su destierro: amigos, yernos: Pereda, autoritario y enfático; Ansorena, servil y reflexivo; del Duero, sonriente y locuaz. Y hasta tres ó cuatro niños, vestidos á la inglesa, con guedejas rubias sobre cuellos de encaje, que entraban un instante, muy asombrados y silenciosos, en manos de ayas y niñeras, para besar á Toña, á Lola, á la Nena, y, acaso, á Doña Antonia. Eran los hijos de sus hermanas: sus sobrinos. Y ¿qué sabían de él aquellos niños? Le miraban también como á un desconocido. Por esto, sólo en la habitación de su padre «se encontraba bien». Allí, frente al desventurado que se moría poco á poco, estaba su puesto. Allí era el hijo. Y mirando al padre poníase á pensar en la vida de hijo, de primogénito, que el destino no le había permitido vivir. Se complacía al notar que su alma estaba dedicada en absoluto al amor y reverencia de su padre. No nacía de su alma el más leve reproche ni la más pálida intención de juzgar «á aquel hombre». Aquel hombre era bueno, y por bueno y por débil se había dejado cambiar el corazón. Y Quinito, con los ojos nublados por el llanto, besaba las manos lívidas de su padre. «¡Padre, padre, mi padre!» ¡Qué honda amargura, qué desgarrada delicia en aquella palabra, qué sentido profundo! ¡Padre, padre! Hubiese querido ofrecerle la vida. Fuente de amor bendito refrescaba su espíritu. Allí de rodillas, posando lágrimas y besos en las manos del padre, sentíase otro hombre... Más fuerte, más hombre.

VII

Doña Antonia, no bien el pobre Don Joaquín rindió su alma, se quitó la careta. No es que se pusiera á gritar en medio de la cámara mortuoria: «¡Ahora mando yo!» Pero si Don Joaquín, como el aprensivo enfermo de Molière, sólo se hubiese muerto de mentirijillas para comprobar el amor de su consorte, ya habría visto y oído cosas que le obligaran á morir de verdad. Sus hijas lloraron, se crisparon y pusieron mil veces

sus labios en la cara del muerto. Quinito sufrió virilmente el más fuerte de los quebrantos sentimentales. Hijas é hijo se portaron bien, y, vamos, hasta el terceto de yernos estuvo digno, serio, grave. Pereda «corría con la Funeraria»; del Duero, por su calidad de hombre musculoso,

sito, la fiscalización solemne de Don Teodosio y el espionaje anhelante de Ansorena dejasen de molestarla. Luego discutió con el empleado de pompas fúnebres y con Pereda, viendo catálogos y solicitando rebaja, y resolvió la cuestión de los lutos. Quinito velaba al padre como abstraído.



trasladaba muebles y asistía á las accidentadas; Ansorena redactaba sueltos, esquelas, leyendas de coronas; Don Teodosio Gil, largo, enjuto, bigotudo, gemía á cada rato: «¡Pobre Joaquín; pobre Joaquín!» Pero Doña Antonia, previos un ataque y unas lagrimitas, sólo pensó en el testamento, en las llaves y en los gastos que se venían encima. Revolvió en el armario y en la caja de caudales de Don Joaquín, dando la espalda al cadáver, que reposaba aún en la cama, y apañó papeles, carpetas, talonarios, alhajas y dinero suelto, no sin que la curiosidad de Alfon-

Nadie se atrevía á hablarle. La casa era un jubileo. Llegaban coronas á cada momento, y las de flores naturales—cuando ya Don Joaquín, de frac, y con todas sus cruces, se extendía en su caja de ébano—se marchitaban al calor de los cirios. Setenta coches acompañaron hasta la Sacramental de San Justo al excelentísimo é ilustrísimo señor Don Joaquín Fuentes y Fernández. Quinito, de vuelta del cementerio, pensaba que, en realidad, para él, su padre había muerto diez años antes. Padre é hijo, separados por la mala voluntad de Doña Antonia y por la diferente

manera de comprender el mundo, habían vivido sin comunicarse, sin tener juntos una hora de sinceridad y de confianza. Aparte la vida pública—algún que otro discurso en el Senado; algún que otro «eco de sociedad»—, nada había sabido Quinito de su padre en tanto tiempo. La vida íntima, la vida del corazón del padre había sido hermética para el hijo. Y por eso comparaba el hijo esta vida de su padre con la tumba en que acababa de dejarlo para siempre.

VIII

Un mes más tarde se leyó el testamento. Lo leyó Don Teodosio, de un modo solemne, en medio de la ansiedad mortal de la viuda y de los yernos «del causante». Quinito no quiso asistir á esta lectura; pero su abogado, después de hablar con ambos albaceas, Doña Antonia y Don Teodosio, pudo informarle de cuanto le concernía. Que no era para ponerse á saltar de gusto. A falta de capitulaciones matrimoniales, la mitad de la fortuna de Don Joaquín pasaba á la viuda, como ganancial. La otra mitad se distribuía así: tercio de legítima estricta, á partes iguales entre los cuatro hijos; tercio de mejora, á terceras partes entre las hijas, y tercio libre, lo mismo, para Lolita, Toña y la Nena. Quinito venía á quedar desheredado. Además, las donaciones hechas por el difunto á su mujer é hijas no se colacionaban. Ansorena lo explicaba radiante: «No hay que deducir nada de regalós y entregas... Se ha portado papá Joaquín.» Con bodas, pensiones y otros gastos secretos, la fortuna de Don Joaquín «había dado un bajón». Nada de diez millones, ni de seis, ni de cuatro. ¡De dinero y calidad! Seiscientos mil duros escasos. Ahora, háganse cuentas. A tenor del testamento, un millón quinientas mil pesetas como gananciales de Doña Antonia. Quinientas mil pesetas de legítima estricta, entre cuatro, á veinticinco mil duros. Esto era lo que heredaba Quinito, ciento veinticinco mil pesetas, de las que aún habría de pagar, en proporción, derechos reales y gastos de entierro y testamentaria, mientras las hermanas, sólo gravadas por la legítima de la viuda—no podía quejarse Doña Antonia—, heredaban más de cuatrocientas mil pesetas, sin contar—como decía también Ansorena—«con que el día de mañana, cuando se muriese la madre...» Quinito oyó á su abogado con sangre fría. Su único comentario fué éste:

—Parece mentira que papá... Pero, no; él hizo

ese testamento porque estaba ciego. No lo discuto.

El abogado protestó:

—No, señor; no acepte usted, no acepte. Vámonos al pleito. Presentemos la demanda... Es un testamento inoficioso, nulo... Usted no acepte, Don Joaquín.

Quinito se quedó pensativo. ¿Qué hacer? Impugnar el testamento equivalía á ir en contra de la última voluntad de su padre. Verdad que, en el fondo, aquello no era, no podía ser, la voluntad de su padre. Tratábase de un hombre débil y afectivo, que pecaba por amor. El amor á las hijas había absorbido el que aún sintiese por el hijo, presentado siempre á sus ojos como rebelde, como loco, como inmoral. Nada tenían que ver entre sí la moral del padre y la del hijo. Imposible comparar á una bala perdida—Quinito—con un hombre del prestigio de Don Joaquín, todo cordura, probidad, sensatez. Quinito lo comprendía perfectamente. Era la justicia de las Doña Antonia, de los Don Teodosio y de los Ansorena que andan por el mundo, la que caía sobre él. ¡Toma vida bohemia, ideas demoleadoras y burlas y sarcasmos! ¡Ahí tienes tus pocos miles de pesetas, los que por caridad de la ley no se te han podido negar, y ve á pagar tus deudas y á comprar luego diez ó doce mil duros de Interior para morirte de hambre con la renta! Algo así le zumbaba en los oídos á Quinito, como si su madrastra y Don Teodosio, Pereda y Lolita, Ansorena, Toña y Alfonsito del Duero, cogidos de las manos, bailasen y cantasen en torno de él: ¡Anda, muérete de hambre!

Bromas, no. Iría al pleito. Probaría la nulidad de las donaciones y, si era preciso, andaría á puñetazos con albaceas y cuñados... Siguió pensativo... No; no iría al pleito. ¿Para qué? ¿Para perderlo? «Aquello» era la ley y no era cosa de ir á hacer el ridículo por los juzgados y tribunales diciendo: «Señores, la ley es inmoral.» Cabía otra cosa: Convertirse en una rémora, dilatar, absteniéndose de todo acto jurídico, los trámites testamentarios. Pero, meses antes ó después, «los otros» ganarían. Sin contar con que este género de luchas le producía náuseas. Nada. Aguantarse. Cerrar los ojos y decir: «Lo que ustedes quieran... Como ustedes quieran.»

Dispuesto á este renunciamento se encontraba—y era en el despacho de su casa, una luminosa mañana de Abril—, cuando recibió la visita misteriosa de una mujer.

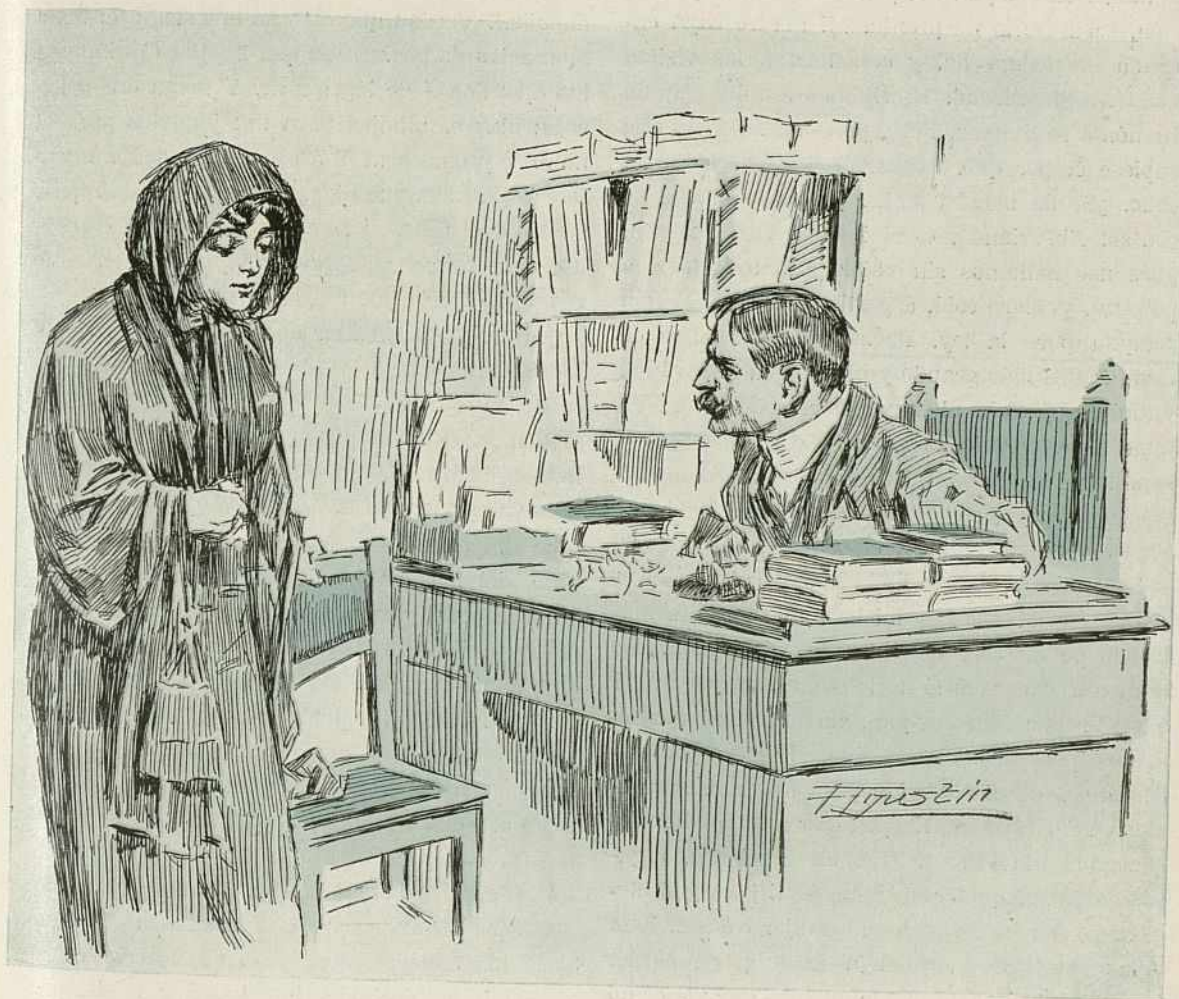
M
ró e
ó v
gros



luto c
que la
habló,
más t
y «dah
de ler
¡Caram
tener
conver
la bell
ban y
damen
—Si
Y la
bras d

Mientras la invitaba á sentarse, Quinito reparó en su juventud y en su hermosura. Veintiséis ó veintisiete años, aire aristocrático, ojos negros, palidez profunda. ¿Quién era? Vestía de

sia del Arco, huérfana de un comandante. Su padre y Don Joaquín habían sido grandes amigos, y cuando su padre, poco después de repatriarse, murió á consecuencia de la campaña, Don Joaquín se constituyó en protector de la viuda y de los huérfanos, que eran ella y su



luto con manto de huérfana, igual que Toña ó que la Nena. Quinito esperó, sospechando... Ella habló, entre lágrimas, y su historia no pudo ser más triste... Era... la amiguita de Don Joaquín y «daba aquel paso por el niño», cumpliendo su deber de madre. Quinito abrió tamaños ojos. ¡Caramba con el bueno de papá! Pero había que tener calma. El asunto era grave y exigía una conversación muy larga, un interrogatorio... Y la belleza y la tristeza de aquella mujer acertaban y emocionaban á Quinito, que, al fin, tímidamente, arriesgó esta frase:

—Si usted tuviese la bondad de explicarme...

Y la desconocida, en voz reposada y con palabras discretas, le explicó... Se llamaba Horten-

hermano Ramón. Imposible vivir con la viudedad. Gracias á Don Joaquín pudieron mandar á Ramón á la Habana «bien colocado», y quedarse, la madre y la hija, en una casita muy decente de la calle de Atocha. Hortensia, con diez y seis años al morir su padre, pensaba en novios y bodas, naturalmente, y pasado el año de luto, muy vivaracha y muy dispuesta, adornándose ella misma los sombreros, haciéndose blusas de encaje inglés, con toda la ilusión de su juventud y «un poco orgullosilla» porque no se encontraba fea... pues anduvo de visitas y reuniones y «sacó ánimo» en seguida. ¡Vaya si sobrabarr por Madrid muchachos de corazón, de esos que escriben «desde el feliz momento en que tuve

la dicha de conocer á usted»! ¿Quién había de decir que Don Joaquín se opusiese á estos devaneos inofensivos?

—Y se opuso como usted no puede figurarse. Nada de novios, ¡pues no faltaba más! Y como yo, una chiquilla al fin, quisiera hacer mi voluntad, Don Joaquín fué y nos negó toda protección. La miseria de pronto. Mi madre cayó enferma de melancolía, y comenzaron las visitas al Monte de Piedad. Escribimos á mi hermano Ramón á la Habana. Pero, precisamente, sin que supiese él por qué, acababan de ponerlo en la calle. ¿Se da usted cuenta? ¡Es tan amargo de contar! Abreviando, escribimos á Don Joaquín, pues nos hallamos sin valor para arrostrar la pobreza, y, claro está, á partir de aquel día, Don Joaquín puso la ley. Pronto nos mudamos de casa; á otra más grande y puesta con cierto lujo, y tuvimos que abandonar nuestras relaciones. Yo tenía batas preciosas para la casa y trajes y sombreros de París. Mi madre iba languideciendo de pena; pero, usted sabe lo que es la vida... Había horas tranquilas; el comedor era un encanto; un coche muy lindo nos paseaba por el Retiro y la Moncloa, y mi hermano Ramón, mejorado de empleo, escribía muy contento... Yo le mentaría á usted si no le confesase que llegué á sentir por Don Joaquín, no amor, ni mucho menos, pero cierta estimación, cierto respeto espontáneo, que me servían para hacer menos indigna mi situación. Respetando á su padre; rechazando, no sin esfuerzo en ocasiones, algunos galanteos que complacían á mi juventud, llegaba yo á considerarme una mujer casada. Leía mucho para distraerme... Y hasta por recurso, porque á Don Joaquín no le gustaba que yo, como decía él, me exhibiese. Hicimos algunos viajes juntos, por Francia, por Suiza, por Italia. Cuando nació el niño me encontré mucho mejor. Ya tenía en qué pensar, en qué absorberme: un hijo. Pero no faltaron desgracias: mi madre, nunca conforme «con lo que había pasado», fué marchitándose, marchitándose y se murió. ¡Pobrecita mamá!... Y mi hermano Ramón se casó y se hizo muy intransigente. Me escribió una carta insultándome y diciéndome que había muerto para mí. No he vuelto á saber de él. En adelante sólo pensé en mi hijo, y seguí siendo para Don Joaquín la mujer fiel, sumisa y resignada. Debo decirle, y perdóneme, que era un hombre extraño, muy suspicaz... Por temporadas dudaba de mí y me sometía

á vigilancias y espionajes vejatorios. A veces rechazaba al niño, murmurando: «No sé si es mío.» Esto me desgarraba de dolor. Todo mi sacrificio era inútil. Aquel hombre no podía comprenderlo. Me veía joven, bien parecida. Se contemplaba ya viejo... Y, desconociendo lo que puede la dignidad en el alma de una mujer, dudaba, dudaba... Verdad que esto no era siempre: tenía momentos de ternura en que besaba al niño con los ojos llenos de lágrimas... Y luego era generoso: dinero, alhajas para mí; juguetes para el niño. Y promesas... Y á eso vengo, señor Fuentes, á que usted me diga, no por mí, se lo repito, sino por el niño, si Don Joaquín las ha cumplido, si se ha acordado de su hijo... Tenga, se lo ruego, la bondad de responderme.

Quinito pudo balbucir apenas:

—Señora, yo... la verdad... no sé, no sé... Necesito enterarme.

Bien sabía la respuesta: «Señora, papá no se ha acordado ni de usted ni del niño»; pero le faltaba valor para darla. Aquella mujer le inspiraba una simpatía dolorosa y honda, y la idea del niño, del hermano, anidaba ya en su corazón. Una inmensa amargura se apoderaba de su alma. ¿Qué hacer? Su conciencia, más fuerte que su voluntad, condenaba al padre, hombre sin entrañas, hipócrita, sepulcro blanqueado... Preveía los incidentes de la lucha que se avecinaba, y un gesto de cansancio y desaliento desfiguró su cara. Pero al levantar los ojos para dirigirlos á Hortensia, que esperaba una frase de esperanza, sintió renacer su juventud y su firmeza espiritual... Los ojos negros pedían una alianza, la dulce boca iba á desplegarse para suplicar, y entonces Quinito, decidido, impetuoso y noble, prometió. De las profundidades del alma venía su elocuencia... ¡Sí, sí, iba á hacer por ella cuanto pudiese y aun lo que no pudiese! Empeñaba su palabra, y si su padre, por una ceguera inexplicable ó por timidez, no había dejado resuelto el porvenir de aquel hijo, él, Quinito, rectificaría el error... por dignificar la memoria de su padre y porque, para no hacerlo así, se necesitaba ¡no tener corazón!, ¡no tener corazón!

La amiga y el hijo de Don Joaquín se despidieron muy emocionados. Quinito, no bien cerró la puerta tras la enlutada, se llevó el pañuelo á los ojos, desconsoladamente.

Un poco más tarde, repuesto de la sorpresa, se preguntaba si «aquella mujer» no sería una aventurera. Fué una duda que su sensibilidad resolvió en el acto. Se trataba de una mujer digna. No se era tan niño á los treinta y cuatro años, y viviendo como él había vivido, para que viniesen á engañarle con lágrimas y quejas estudiadas. La pobre Hortensia era, sencillamente, una víctima, como él, una víctima de quien no quería decir... Y ¿para qué culpar á nadie? Una víctima de la fatalidad. ¿Sería posible que, de un modo absoluto, su padre dejase en la orfandad más triste al hijo de su último amor?

Quinito se puso á leer una copia del testamento de Don Joaquín, que su abogado acababa de dejarle. Nada; ni un legado, ni una pensión. Horrible... Indigno. Pero, antes de juzgar, de condenar, su deber de hijo le obligaba á cerciorarse... El alma le decía que Hortensia era, tal como se había presentado, buena, recta, incapaz de una farsa. Sin embargo, él necesitaba saber, comprobar, por la memoria de su padre, obscurecida de pronto ante sus ojos con la sombra de una monstruosidad.

Averiguó. Lo primero que hizo fué preguntar en cierto mundo galante por Hortensia. Nadie supo darle razón. Luego, entre algunos amigos, ricos y conquistadores, procuró saber... Era un nombre desconocido. Estos pasos de policía los daba con cierta vergüenza, convencido de la verdad que iba buscando, de que Hortensia era... buena. Además, todo el conflicto estaba en el niño. De acuerdo con su moral, Quinito, para proteger á Hortensia, sólo necesitaba una cosa: que el niño fuese de Don Joaquín, que el pobre huérfano fuera su hermano.

Y para convencerse le bastó con ir á casa de Hortensia. El niño no desmentía la raza. Eran los ojos negros de Hortensia, pero la boca grande y sensual y la nariz recta y carnosa de Don Joaquín. Y era—apreció Quinito, conmovido—el aire de familia. Besó al hermano tiernamente. Un chiquillo de siete años, listo, fuerte. Como estaba de luto, y despistado con la desaparición de papá Joaquín, con la tristeza de la madre y con aquel hermano mayor, que se aparecía de pronto, el chiquillo no daba gritos de alegría ni hacía preguntas. El niño, melancólico, conquistó en un momento la voluntad y la ternura de Quinito. ¿Qué no haría por

el inocente que, ya sobre sus rodillas, comenzaba á tomar confianza? Todo cuanto fuese necesario. Y no era sólo el chiquillo, sangre de su sangre, vida del propio origen que la suya; era también «aquella mujer» que parecía tan dulce, tan noble, tan digna de una suerte mejor.

XI

Y comenzó la batalla. Por de pronto, convenía eliminar de sus planes todo paso inútil. Era necio pensar en Doña Antonia, á quien correspondía, por el sarcasmo de la vida y por la rectitud de los Códigos, el papel dignísimo de esposa ultrajada. Era igualmente infructuoso ir á un pleito, es decir, á un pleito sostenido por él, en concepto de heredero inconforme, pues la pobre Hortensia carecía de toda acción legal, y su hijo, de condición adulterina, lo mismo. La madre y el hijo, antes que objetos de protección y amparo, eran casos penables frente á los ojos de esfinge de la ley. El irresponsable, el libre de toda culpa y horro de toda sanción, era Don Joaquín que, siempre amigo de la legalidad, hacía un testamento modelo: desheredando casi al hijo pródigo, y castigando, con el olvido de sus consecuencias, su postrera debilidad sensual. Quinito, desgarrándose el alma con estas ironías, fué, sin embargo, á consultar á un abogado viejo y tenido en concepto de honrado—el suyo, demasiado joven y ambicioso, no decía que no al más temerario de los litigios—, y el abogado viejo, después de hojear la copia del testamento:

—No haga usted tonterías—le dijo—, todo está bien cosido, bien atado; será todo lo injusto y cruel que nos parezca, pero es legal. ¿Usted me entiende? Este testamento es un modelo de habilidad... Basta leerlo para comprender que hay el propósito de perjudicar á usted... Ahora bien, aunque decimos los juristas que la letra mata y el espíritu vivifica, lo cierto es que nos atenemos á la letra... Y aquí la letra le es á usted contraria, amigo mío...

—Pero habrá manera de probar eso mismo que dice usted... No es posible, no es lógico que prospere semejante injusticia...

El abogado sonrió:

—¿A qué hablar de justicia? Hablemos de legalidad... Yo soy un poco escéptico y me arriesgo á decirle á usted, aquí en el secreto de mi estudio: «Sí, señor; esto es injusto... está hecho

con mala fe, es casi una infamia»; pero todos los abogados y todos los jueces no son como yo... No tienen más filosofía que el Código. ¿Y no comprende que si no fuese así no habría lo que se llama justicia? En cuanto la ley, dejando de ser general, diese entrada al elemento psicológico, al caso concreto, dejaría también de ser aplicable, haría falta una ley para cada cuestión... Dígame usted si sería posible. Todos los días no nace un Salomón que juzgue desde su trono inspirado por la equidad celeste... ¿Qué quiere usted? ¿Qué quiere usted, amigo mío?

Quinito no supo qué responder. Veía la biblioteca del letrado: centenares de libros en que se hablaba del bien, de la verdad, de la defensa del ofendido, del castigo del culpable y—ya, se lo decía el jurisconsulto—ni una línea, ni una frase saldrían de aquellos volúmenes para protegerle. En cambio, todos le eran propicios a Don Joaquín, a Doña Antonia... Quinito, de puro nervioso, pensaba en arremeter contra los tomos ventruados de jurisprudencia... ¡Códigos, reglamentos, comentarios! ¡A bastonazos... era cosa de emprenderla a bastonazos con monstruos semejantes! Como Quinito no estaba loco todavía, no le costó gran trabajo contenerse.

El abogado le daba el último consejo:

—Vamos, anímese usted... Siempre tiene, usted un recurso... ¿No es éste un asunto de familia? Pues vaya usted a la familia, a sus hermanas... Tóqueles usted al corazón, tal vez respondan... Tóqueles usted al corazón...

«Vamos a ver si lo tienen»—se dijo Quinito—. Y se fué a casa de Don Teodosio Gil. Don Teodosio comenzó por asombrarse.

—¿Qué me dices, hombre? Pero, ¿es posible? ¡Joaquín, que parecía tan serio!

—Es tal como se lo cuento a usted, Don Teodosio.

—Vaya, hijo, ¿no he de creerlo viniendo de ti? ¿Y qué quieres tú que yo haga? Si contase siquiera con una indicación de tu padre, una carta, vamos, aunque fuese una palabra del difunto, que alguna vez me hubiese dicho, por ejemplo: «Teodosio, tengo esto y lo otro... Si me muero antes que tú, no dejes de la mano a esa mujer, a ese niño.» Pero, nada, ni una palabra... No cuento con nada, querido Quinito... ¿Y no piensas tú, Quinito, porque hay que reflexionar, no piensas tú que ese mismo silencio nos indica una cosa?

—¿Qué cosa, Don Teodosio?

—¿La voluntad firme de tu padre en negar toda protección?...

—No siga usted... Esa voluntad firme indicaría malos sentimientos, sequedad de alma, ausencia de sentido moral... ¡No me obligue a hacer estos juicios, Don Teodosio!

—No, hijo mío; no te exaltes y escúchame: esa voluntad indicaría más bien, que tu padre dudaba, que tu padre no creía que...

—¡Imposible! Y si mi padre dudó y se dejó llevar de la duda, ya no fué ausencia de sentido moral sino de sentido común...

—Quinito...

—Mi padre, no me cabe la menor duda, no pensaba en morir tan pronto... Tal vez proyectase rectificar el testamento, tal vez hacer en vida una donación a Hortensia o al niño... Esta, al menos, fué la última voluntad de mi padre, Don Teodosio, y no la que encierra ese testamento indigno...

—Quinito...

—Y yo vengo a que todos le hagan ese favor a la memoria de mi padre; a que todos supongan que su última voluntad...

Don Teodosio movía la cabeza sonriendo:

—¡Este Quinito! Siempre... no sé cómo decirlo... ¡siempre tan poeta!

Duró el diálogo más de una hora. Don Teodosio concluía por ablandarse, él, personalmente, pero... A Doña Antonia, esto se caía por su propio peso, ni nombrarle el asunto, y en cuanto a las hijas... ¿No veía Quinito lo peliagudo del negocio? ¿Qué eran hermanas del niño aquél? Concedido. Pero eran, había que fijarse, hijas de Doña Antonia y...

—Te digo, Quinito, que veo muy mal la cosa. A ver si arañó unas pesetas, inventando una partidita de gastos, en el entierro, por ejemplo...

Quinito no le dejó terminar. Ya sabía Don Teodosio que no se trataba de una limosna, sino de una obra de reparación, de justicia. El hablaría con sus hermanas. A ver si la voz de la sangre...

XII

Comenzó por Lolita; pero Lolita, muy afectada aún, no pudo recibirle. Pereda le explicó:

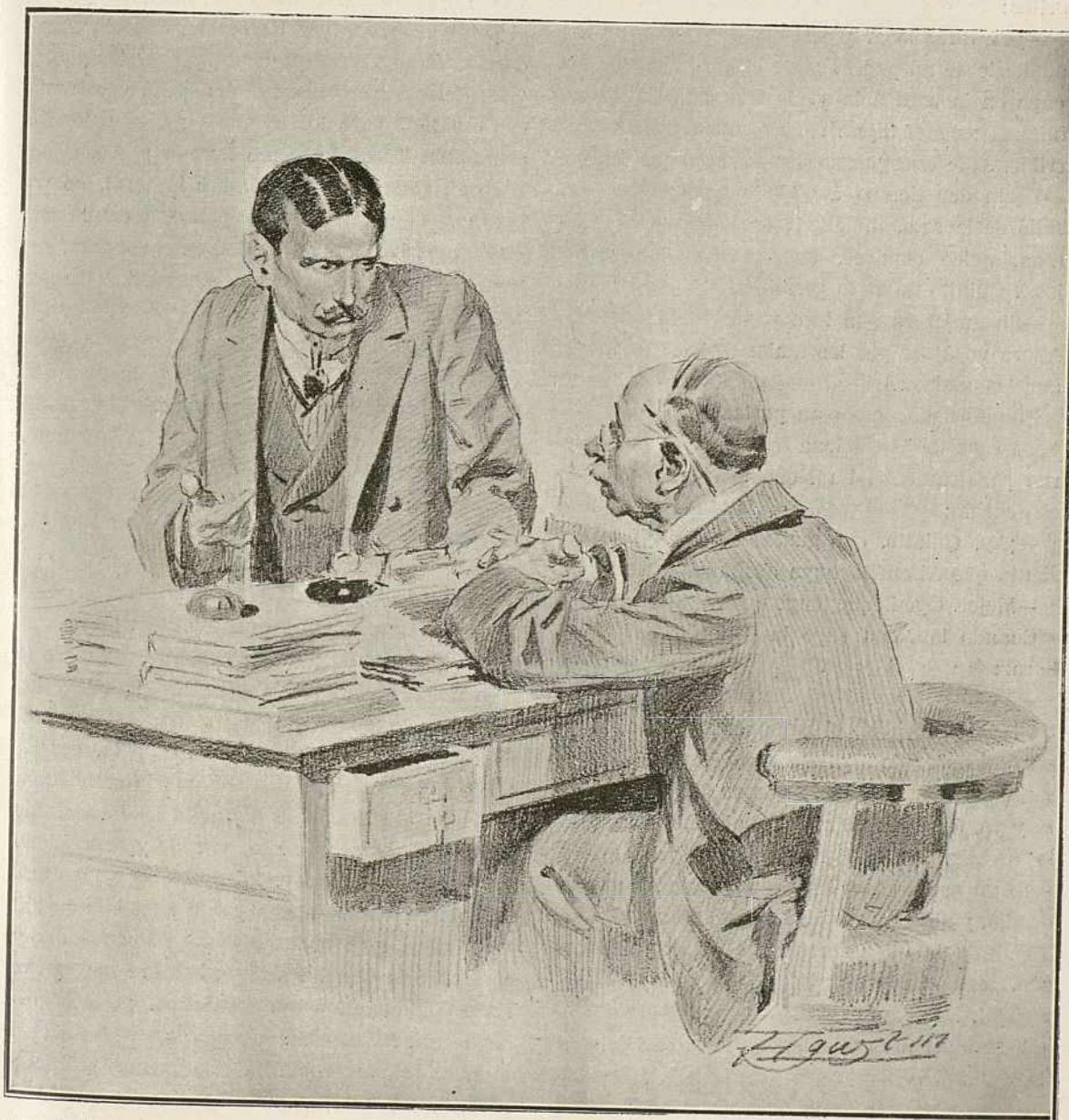
—Está la pobre apenadísima... Dice que no se consolará nunca... Es una chiquilla de tan buen corazón, de tanta ternura...

Quinito, en pocas palabras, expuso a Pereda

el objeto de su visita... El húsar le escuchó atentamente, dando señales de curiosidad... Y cuando le tocó su turno:

—Es una historia—dijo—, es una historia in-

—Yo, á Lola, la verdad, no me atrevo á decirle nada... con lo afectada que está y lo nerviosa que es, la pobre... Además, es que no puedo... ¿Cómo le digo: «protege á la rival de



teressante... ¿Hortensia del Arco? Sí; es verdad: tengo idea de su padre... Lo oí nombrar. Pero, ¿quiere usted oír un consejo, con toda lealtad?

—Sí, señor.

—Pues no se meta usted en eso, Joaquín. Cuando su padre procedió así, sus razones tendrían. No sea usted Quijote, Joaquín.

—Amigo Pereda, sin entrar en filosofías, sin juzgar mi actitud... ¿Puedo contar con mi hermana y con usted?

—Según...

—Explíquese...

tu madre»? ¡Hay cosas que no resiste el corazón de una hija... y de un hijo como Lolita!...

Quinito sentía impulsos de vociferar... Le indignaba el tono diplomático é hipócrita del húsar y se levantó para despedirse. Pereda, acompañándole hasta la puerta, se le ofreció:

—Yo, como particular, de mi bolsillo no negaré un socorro... Deseo probarle á usted...

Dejó al militar con la palabra en la boca y se fué, muy excitado, á casa de Toña y Ansorena. El matrimonio se disponía á salir; les esperaba el coche á la puerta...

—Sin embargo—dijo Ansorena—; siéntese usted, siéntese usted.

No bien expuso Quinito su deseo, no bien formuló su proposición, Toña comenzó á dar gritos:

—¿Tú estás loco? ¿Que proteja yo al fruto del adulterio de mi padre? ¿Que escarnezca, que escupa en la cara á la santa de mamá? Eres un infame, un mal hijo... No me repliques... Es horrible... Me avergüenzo de ser hermana tuya...

Y sin dar tiempo á Quinito para responder, salió de la sala, indignadísima, furiosa... Ansorena, quiso explicar, argumentar, dar consejos... Quinito no se lo permitió:

—Su mujer es una loca y usted un imbécil... Ahora va á ser por las malas... ¿Lo oye usted? Por las malas...

Quinito salió dando un portazo.

En casa de Magdalena las cosas se presentaron pacíficamente. La Nena lo recibió con mucho cariño:

—¡Ay, Quinito, qué gusto el verte! ¡Y lo que siento que Alfonsito haya acabado de irse!

—Mejor. Oye lo que tengo que contarte, Nena...

Cuando la Nena supo la historia, se echó á llorar:

—¿Qué quieres tú que yo haga, Quinito? Por un lado la caridad, el amor de hermana, y por otro mi deber de hija. Pero, no importa; cuenta conmigo. Conmigo sola: vamos á ayudar, entre tú y yo, á esa pobre mujer y al niño. Mi marido lo fiscaliza todo; tiene la llave, ¿entiendes?; pero yo podré coger un poco de aquí, otro poco de allá, y algunos vestidos que ya no me sirven...

Quinito la interrumpió. La Nena tenía corazón, pero un corazoncito muy burgués. Vestidos viejos... No; no era eso.

Y se marchó desalentado.

XIII

La campaña no podía comenzar con menos fortuna. ¿Cómo presentarse en casa de Hortensia para decirle: «Nada, no he conseguido nada?» Era necesario seguir luchando. Ya no juzgaba la conducta de su padre. En lugar de consagrarse á quejumbrosas filosofías, se dedicaba por completo á la acción, tratando, con toda voluntad, de salvar á «los náufragos». Volvió á ver á Hortensia. Todavía conservaba ésta la casa de Don Joaquín y había aún en los armarios algún dinero, algunos encajes y joyas. Para no

sentir en varios meses la garra de la miseria. Quinito sabía que el porvenir no era una temporada, sino un tiempo imposible de medir, un camino interminable, con numerosos abismos. ¿Iba á dejar abandonados en él, sin guía, sin luz, al pobre huérfano y á Hortensia, á quien consideraba viuda verdadera de su padre? Cerrar los ojos, taparse los oídos y decir: «¡Allá vosotros!», eso era fácil para los hombres rectos y legales como Don Teodosio, como Pereda y Ansorena. Pero él, Quinito, como hombre inmoral, no podía menos de acercarse á la pecadora con la sonrisa en los labios y la caridad en el corazón. Así lo hizo. Hortensia supo toda la verdad, y cuando conoció los planes de Quinito:

—No haga usted nada de eso—le dijo—. Todo será inútil. Además, yo no podría aceptar una limosna. Ya sé que el niño no tiene ningún derecho, y me conformo. Soy joven y trabajaré. Por mí no lo siento: fui débil, falté, y purgo mi pecado... Ahora que yo pensaba que este angelito, que este hijo era cosa aparte y que merecía...

Quinito la interrumpió, enternecido:

—Al niño no le faltará un defensor. Es mi hermano, pero será para mí como un hijo. Yo le juro á usted, Hortensia, que los padres y los hijos suelen diferenciarse mucho, á veces. Mi padre no era un hombre frío, egoísta, cruel... Lo cambiaron, créame usted que lo cambiaron. Vivió en ese ambiente hipócrita de la sociedad adinerada, donde se mata, se roba y se traiciona á la sombra de la ley. Mi padre, que tuvo una juventud apasionadísima y que formó su capital de manera bien dudosa, se hizo conservador y católico á la vejez. Y fué un hombre muy serio, recto é inflexible como una lanza. ¿Qué hemos de hacerle? Yo, como usted, pertenezco á otro mundo, tal vez á un mundo menos práctico; pero, se me antoja, que más digno y más cristiano. Sin embargo, por una vez, voy á dejarme de resignación. Y yo que no iba á luchar, por desdén y por indolencia, lucharé ahora por obligación. Por buenas ó malas artes quiero algo para el niño, y como él no puede dar la cara, la daré yo...

Y dió comienzo la segunda fase de la campaña. Una lucha cuerpo á cuerpo. Quinito negaba su presencia á todo acto de la testamentaria. Fué un obstáculo durante varios meses, hasta que, acudiendo á resortes legales, los coherederos pudieron prescindir de él. Tuvo las grandes

discusiones con Don Teodosio y con Ansorena, y una tarde, fuera de sí, cogió al abogadillo por las solapas, lo zarandeó á su gusto y lo hizo rodar por las alfombras. Apoderóse de él una especie de frenesí y provocó también á Pereda y Alfonsito del Duero. Quería batirse con todo el mundo, con el albacea, con los cuñados, con los abogados y el notario... Hasta que un día comprendió que toda aquella gente lo tomaba

tre. Quinito, asqueado, habría destruído las joyas nerviosamente; pero Hortensia, más sensata, sin sonreír, sin hacer un comentario, prefirió venderlas. Dieron ocho mil pesetas. Quinito no pudo contenerse:

—Oiga usted, Hortensia, ¿en cuánto las apreciaba papá?

—En ocho mil duros.

Pocos días más tarde, Quinito le preguntó:



por loco. «Hay que dejarlo—decían—, hay que dejarlo.»

El fué quien los dejó. Se hicieron las partijas, se adjudicaron. Y cada cual siguió su rumbo. Quinito, pagadas sus deudas, se encontró con unas cincuenta mil pesetas escasas. «Ya es algo», murmuró estoicamente.

XIV

Hortensia quiso mudarse de casa. Quinito aprobó. Convenía una casa más reducida, más austera. Se vendió parte del mobiliario. También quiso desprenderse de sus alhajas. «Permítame usted que haga esto, Joaquín; una pobre no debe tener diamantes.» Fueron las alhajas al despacho de un tasador y hubo varias sorpresas: un aderezo de brillantes y esmeraldas tenía las esmeraldas falsas; abundaban los rubíes sin valor y las perlas americanas. Un pequeño desas-

—¿Y qué piensa hacer usted ahora?

—Trabajar.

—¿En qué?

—Ya veremos. No se tarda mucho en aprender á adornar sombreros. Es cuestión de voluntad.

—Es cierto, pero no sé si usted se acostumbraría.

—Ya lo creo. A todo se acostumbra una.

—¿Y el niño? ¿A algún colegio?

—Al colegio tiene que ir, pero no interno. Es muy pequeño aún y no hay dinero para la pensión.

El niño se llamaba también Joaquín.

—Tendré que cederle el diminutivo—opinó Quinito—; si no, no vamos á entendernos. En adelante yo seré Joaquín y él Quinito. ¿No le parece á usted, Hortensia?

Hortensia decía á todo que sí. Era de un carácter afectuoso y noble. Quinito pasaba largas horas en su casa, hablando del porvenir. El niño,

perdido ya todo respeto, se le ponía sobre las piernas, le registraba los bolsillos, se apoderaba de su bastón para «montar á caballo».

A Quinito no dejaba de extrañarle que el chucuelo fuese su hermano. Más bien le parecía su hijo. Como á tal por lo menos lo quería. Ternuras desconocidas brotaban en su alma, y en muchas ocasiones, de improviso, le penetraba por el pecho, casi materialmente, una emoción de felicidad. Solía ocurrir esto en casa de Hortensia, en las tardes tibias y luminosas de Octubre.

Y en algunas en que «sin saber cómo, se le pasaba el tiempo», accediendo á la invitación de Hortensia y al mimoso «no te vayas» del niño, se quedaba á cenar.

Un día comprendió Quinito que no le era posible substraerse á aquel amor familiar. Por primera vez, después de hombre, había sentido en casa de Hortensia la impresión «de estar en su casa». «Es el niño», se dijo.

Y siguió siendo el amigo caballeresco y el hermano cariñoso. Jugueteos y besos para el niño; orientaciones y consejos para Hortensia, que no daba un paso sin consultárselo.

XV

Pasaban los meses. Enervado por la dulzura del ambiente familiar, no trabajaba. Su pobre dinero no le consentía una holganza que iba dilatándose demasiado. El problema era el mismo, aun peor, para Hortensia. Entonces se le ocurrió una cosa: un negocio. Reunir su dinero y el de Hortensia y especular en Bolsa con mucha cautela. Y fuesen como fuesen los asuntos, él daría á Hortensia una cantidad todos los meses. No se le ocurrió que Hortensia fuera á desconfiar de él. Hortensia aceptó, encantada, la proposición. Pudo poner tres mil duros. Quinito nueve mil. Ella dijo sonriendo:

—Acabamos de formar una sociedad.

Y él:

—Hemos unido nuestra suerte.

La tuvieron. Quinito, ya sin arrebatos juveniles, queriendo «ser rico», centuplicaba su atención, refinaba su astucia y refrenaba su audacia. Hasta se había hecho un poco serio, un poco profundo. «Qué cambiado estás, Quinito», le decían. Y él pensaba: «Es por el niño», desoyendo cierta vocecilla interior que murmuraba: «y por ella».

¿Enamorado de Hortensia? No, no. Imposible. Hasta que tuvo que confesárselo á sí mismo;

si, señor, locamente, dolorosamente enamorado. ¡Vea usted qué conflicto se aparecía de pronto! Si «aquello» era un amor monstruoso, absurdo... Enamorado de... ¿cómo decirlo?, de la mujer... de la viuda de su padre. Ni más, ni menos. Enamorado de la gracia, de la juventud, de la belleza de Hortensia... Perdido en una pasión que era un sacrilegio. Y este era el encanto de las tardes luminosas, en la salita clara, hablando del porvenir... Era el encanto del amor, que venía, ciego como era, á clavarle de repente todas sus flechas. «¿Qué haré yo?»—preguntábase desoladísimo y verdaderamente compungido Quinito—. ¿Qué haré yo?

Pasaron largos días. Y hubo uno en que pensó lo siguiente: «Si yo, en lugar de meterme en esos restaurants caros y malos de Madrid, fuese á comer á casa de Hortensia...» Claro está que «saldría más económico». Y cuando Hortensia le dijo: «Pero, hombre, ¡por Dios!, si yo había estado por proponérselo; sólo que me daba vergüenza», creyó que iba á saltar de alegría. ¡Oh, dónde, dónde estaba escondida la felicidad!

XVI

La familia... El hogar. El niño le llamaba «papá Joaquín». Otro papá Joaquín... Hortensia vivía llena de optimismo y murmuraba á veces: «Nunca he sido tan dichosa.» Mientras el pobre de Quinito luchaba á brazo partido con la conciencia. «¿Puedo amarla? No. Porque es una profanación... Sí, porque el amor lo purifica todo, y porque en el amor cabe también su poquito de lógica, y es lógico que una mujer y un hombre joven se quieran... ¿Se quieran? ¿Qué es esto de que «se quieran»? Las grandes calabazas me dará Hortensia seguramente en cuanto yo le diga...» Así, bromeando consigo mismo, analizaba, discutía y desmenuzaba «el caso de conciencia». «Porque, la verdad es una cosa: que á mí, la idea de verme correspondido, no me horroriza, sino que me inunda de alegría. Yo comprendo que á Don Teodosio esto no le parezca bien y que Ansorena opine que la memoria de mi padre debe ser «valladar infranqueable». ¿Cuál es mi mundo? ¿El de ellos? ¿O el mío? Pues si vivo para el mío, si en el fondo del alma no siento un solo escrúpulo, sino un amor muy grande por esa mujer, ¿á qué dudar? Ni que papá mereciese un culto, con víctimas y todo. Y ahora que hablo de papá. Si

habré venido yo al mundo, así, con lo loco que soy, para rectificar su conducta, para recoger su verdadera herencia, yo que me creía el desheredado?... Porque si yo me caso con Hortensia y adopto ó reconozco al niño, el niño se llamará Joaquín Fuentes, y será un hombre con todas las de la ley. Basta con burlarse un poco de la ley. Y con que Hortensia diga que sí.»

Aún dudó y volvió á dudar Quinito. Noches de insomnio, noches de anhelo mortal y de inquietud profunda. Mañanas transparentes y risueñas, tandes silenciosas y pálidas de otoño, que aconsejaban, cada una con su voz: «Ama, ama, que tu amor es puro, nacido de la experiencia y del dolor; ama, ama, que tu amor, á más de amor, es caridad.»

Tales ideas cruzaban por su alma é iban aclimatándola para la nueva vida sentimental. Pero el análisis le obligaba á preguntarse: «¿Será posible que Hortensia piense igual que yo? ¿Por qué suponer en ella la misma audacia, la misma filosofía que á mí me llevan á salvar en un instante todos los escrúpulos, todas las advertencias y recriminaciones de la moral que me salgan al paso?»

Hortensia se le presentaba como una mujer perfecta: veía, con ojos de enamorado, la doble hermosura de la materia y del espíritu. Veía los ojos negros, las manos blancas y estrechas, el aire delicado y voluptuoso... Cuanto hacía de Hortensia una mujer toda seducción, de esas que inspiran los elogios más sencillos y elocuentes: «¡Qué hermosa!» «¡Qué elegante!» «¡Es ideal!» Pensaba después en su alma de soñadora, de romántica herida por la realidad, y le parecía difícil encontrar muchas almas como la de Hortensia entre las mujeres del día. ¡Con qué serenidad aceptaba el sacrificio y con qué dulzura juzgaba al causante de su desgracia! Don Joaquín, profanador de la niñez y tirano insaciable, en los días más fragantes de la juventud de Hortensia no inspiraba á la pobre abandonada sino un generoso perdón. Esto creía Quinito, y todos los actos y todas las frases de Hortensia le autorizaban para creerlo.

Nada más dulce para él. Hortensia, disculpando á su padre, daba muestras de una condición excelsa: de aquella condición del espíritu, poco frecuente, luz verdadera del alma á pocos concedida, que lleva á comprender, á perdonar...

—¿Que si le perdono, Quinito, pues no he de perdonarle? Basta con que reflexione cinco mi-

nutos... Para su padre yo era una mujer ligera... Medía mi virtud por la facilidad con que, á su manera de ver, me desprendí de ella... Usted lo sabe bien: los hombres seducen, ponen en juego toda clase de mañas para que caigan las mujeres, y cuando éstas caen... ¡nadie más severo ni más implacable que el propio seductor! ¿Usted sabe lo que yo era para su padre? Pues una muchachita coqueta y calculadora, ni más ni menos... Según la moral de su padre de usted, los hombres pueden prevalerse de su fuerza, de su situación, de su dinero, de cuantas armas posean sobre la mujer; deben asediarse, acorralarla, atravesar las piedras en que tropezará... y la mujer no debe tropezar, no debe caer... Si cae, es pieza que se cobra, caza mayor y se acabó. ¿No son éstas las costumbres? ¿No viene esto de antiguo, de siempre, desde que el mundo es mundo y el hombre hombre y la mujer mujer? Entonces, ¿no está usted conmigo, Quinito?, no puedo echarle á su padre toda la culpa... Es, vamos, que apenas si tiene culpa el pobre Don Joaquín...

Quinito recordaba estas palabras y, á pesar de su dejo sarcástico, le parecían de una generosidad que sólo sabían tener las personas de excepcional inteligencia. Decíase por esto mismo que Hortensia, si él se arriesgaba á confesarle su pasión, no le opondría reflexiones vulgares ni escrúpulos dictados por la hipocresía ó la ignorancia. Hortensia y él eran dos náufragos, dos excluidos de la vida moral contemporánea, dos señalados por el dedo de ese Dios de frac que presidía, con solemne etiqueta, á las gentes correctísimas «de la buena sociedad». ¿Por qué, pues, no llegar á entenderse?

No se atrevió, sin embargo, á hablar claro. Pasaban las horas y los días, y su pasión era cada vez más apremiante. Puede decirse que su vida iba deslizándose al lado de Hortensia y del niño. Por delicadeza se mordía los labios cuando iban á pronunciar la frase delatora: «¡Si viviésemos juntos!»

Hablaban él y Hortensia del pasado, coincidiendo en el mismo deseo de olvidarlo, de tenerlo por no vivido, y hablaban del porvenir enlazando sus nombres, sus destinos... «Iremos este verano á un pueblo de mar, Hortensia.» Y ella: «Cuando volvamos, ya habrá que pensar en el colegio, porque el niño...» Nuevos detalles, detalles nimios de la vida doméstica, acercaban aún más el uno al otro. Era la consulta de Qui-

nito á Hortensia antes de comprarse un traje ó de realizar una jugada en Bolsa... Era la comunicación de Hortensia á Quinito de todas las gracias del chiquillo, de todos los incidentes de la casa... Tan pronto hablaban de la criada, de la plaza—esos temas eternos—, como de una lectura, de una emoción artística. Las dos juventudes, entre frases vagas y silencios profundos, concluían de unirse en blanda unión espiritual... Sólo que Quinito era un hombre tocado de sensualismo, para dicha suya, y Hortensia, en la plenitud de su belleza, tampoco parecía de hielo... Llegó un momento en que las almas se miraron frente á frente. Y apenas tuvieron nada nuevo que decirse. La vida, con sus paradojas y caprichos, hacía de dos desgracias una felicidad.

Porque, lectores míos, esta historia inmoral

acaba, naturalmente, con el premio de los malos... De Quinito y de Hortensia, que fueron—y que son—muy felices... Más felices que Pereda y Lolita, que Ansorena y Toña y hasta que la Nena y Alfonsito del Duero... Doña Antonia, en quien la vejez ha acendrado los sentimientos religiosos, suele exclamar:

—Es mucha infamia... Ya les lloverá un castigo del cielo.

Y Don Teodosio, que no se muere nunca, que parece llamado á ser el albacea de Doña Antonia, murmura con cierto escepticismo:

—Sí, puede que les caiga, pero por de pronto, ayer en el Banco, me han dicho que Quinito trabaja con tanta suerte, que tiene ya cerca de medio millón.

—Habrà que creer entonces, Don Teodosio, que el cielo protege á los pillos.

—Habrà que creerlo, Doña Antonia...

Septiembre de 1911.

Alberto Insúa

ESCUELA MATRITENSE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA FACULTAD DE DERECHO

FUNDADA EN 1895

ÚNICO CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR INCORPORADO Á LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Preparación por sistema especial de enseñanza mediante el trabajo realizado en las clases, complementado por apuntes-extractos de las explicaciones del Profesor oficial, y división de las clases en secciones, atendiendo al aprovechamiento y aplicación de los alumnos.

Planes abreviados para obtener el Título de Abogado en tres y cuatro años, y de grupos especiales de asignaturas formados para cada convocatoria, mediante los cuales puede obtenerse en brevísimo tiempo. Para Junio próximo se han establecido, entre otros, los siguientes grupos de asignaturas: PRIMERO. Para los alumnos que comiencen la carrera: las tres asignaturas del Preparatorio y las del primer año de Facultad.—SEGUNDO. Para los que tengan aprobado el Preparatorio: las asignaturas del primero y segundo año de la carrera.—TERCERO. Las asignaturas de tercero y cuarto año.—CUARTO. Derecho penal, Hacienda, Civil 2.º, Internacional privado, Mercantil y Procesales.—Los alumnos que empiecen la carrera pueden aprobar, mediante este plan de grupos, tres años de la misma en el curso próximo.

Todo género de garantías sobre el buen resultado.—Matrícula de Honor en todas las convocatorias.—Preparación por apuntes á los alumnos de provincias.

Pídanse Reglamentos: SAN BERNARDO, 85, MADRID

Sombreros Brave

PRECIOS SIN COMPETENCIA

6, Calle de la Montera, 6

“LE COQUET”

Peluquería de señoras

12, CALLE DEL DESENGAÑO, 12

Postizos última novedad. Casa especial en tintes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan señoras y se dan lecciones.

Cayetano Fernández

Recibe en México El Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

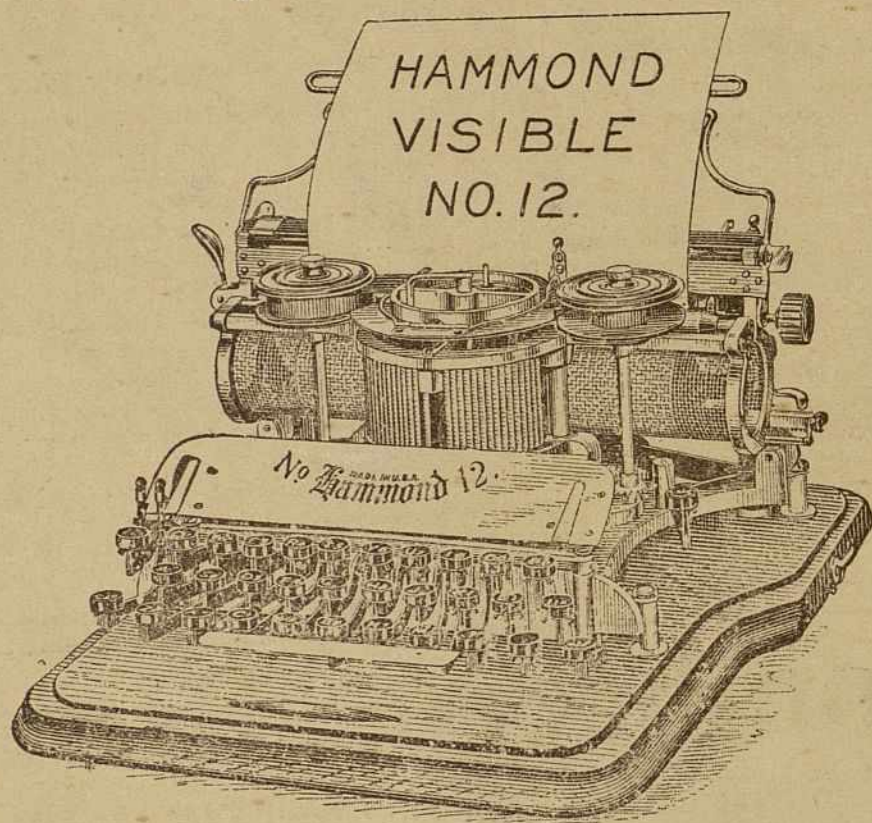
(De los años 1907, 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de 25 pesetas, lujosamente encuadernadas

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en El Cuento Semanal, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

Ayuntamiento de Madrid

Las máquinas de escribir



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA
Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de dos colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinearse.—Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ
MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30.—BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio